

“Felizmente 40 tona” Autor: Lizzette Diaz Publicado en los Estados Unidos de América
©Copyright 2017 by Lizzette Diaz

Ningún elemento de esta publicación puede ser reproducido o utilizado, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, magnético por fotocopia, o mediante cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del titular del derecho de autor.

Contact: Lizzette Diaz Phone: 281.250.0260

Email: liz@sucesosnews.com Ilustraciones de: Manuel Luces

DEDICATION

A Dios por regalarme el valor para desanclarme y por supuesto a la vida y sus lecciones, sin ellas sería imposible haber llegado felizmente a los cuarentas.

A mi esposo Pedro por su invaluable apoyo,

motivándome constantemente a cumplir mis sueños, a mis hijas Dani y Andrea por el tiempo que he dejado de compartir con ellas y a mi mamá, Gloria, por su amor y sus enseñanzas.

Tabla de contenido

Tabla de contenido

Presentación

Capítulo uno: Una cuestión cultural

Capítulo dos: Volver a los 20

Capítulo 3: Claves para vivir plenamente antes de los 40 Capítulo 4: Así soy a los 40 ¿Y qué?

Capítulo 5: Sin tiempo que perder

Capítulo 6: Que se caiga todo, menos tú Capítulo 7: Libérate del peso del pasado

Capítulo 8: Olvidate del qué dirán

Capítulo 9: El éxito a los 40

Felizmente Cuarentona

Lizzette Diaz

Presentación

Nunca me había resultado tan difícil escribir la presentación de un libro porque está dirigido a un público femenino específico, quizá la autora no reparó en ese detalle y pensó que quién mejor para escribir la presentación de su libro que su esposo. Yo tampoco reparé en ello cuando me lo propuso, sino hasta comenzar estas líneas.

Ahora bien, no se si usted es de los que como yo antes de ir derecho al inicio del libro pasa por la presentación o quizá le importe poco y vaya directo al comienzo, pero la intención no es hacer un resumen de esta obra ya que las conclusiones las sacará usted al final. Quiero más bien compartir un poco lo interesante que resulta leer libros como éste porque nos hacen ese click en nuestra cara y no porque estemos quedándonos dormidos, sino porque quizá, ya nos habíamos quedado “dormidos” hace rato y no nos dimos cuenta hasta que leemos algo como **“Felizmente Cuarentona”**.

Si habría que ubicarle un género literario para este libro sería el de superación personal, porque en sus capítulos usted encontrará vivencias cotidianas que seguramente sentirá como suyas o historias parecidas con alguien cerca a usted.

Estoy seguro que por el lenguaje coloquial con el que está concebida ésta obra, lo fácil y entendible de su estructura, sin frases rimbombantes o palabras rebuscadas, calará en usted el mensaje que la autora busca, no con el ánimo, como bien señala, de ser una “psicóloga” o consejera personal, sino más bien con experiencias recogidas por alguien que ya pasó por donde quizá usted está a punto de pasar, está pasando o ya pasó y no supo cómo afrontar esa etapa de su vida.

-Pedro Arévalo

Los 10 mandamientos de las cuarentonas

- I. Ser feliz
- II. Aprender a decir no
- III. Reinvertarse
- IV. Cosechar la paciencia
- V. Olvidarte del qué dirán
- VI. Ser auténtico
- VII. Amar Plenamente
- VIII. Asumir tus años sin vergüenza
- IX. Valorar tus experiencias
- X. Aprender a burlarse de uno mismo

Prólogo

Lo primero que tendría que hacer es darle la bienvenida a la maravillosa aventura que significa recorrer sin miedos, ni vergüenza, esta sensacional década de los cuarenta, mal llamada por muchos como las cuarentonas, un término despectivo con el que crecimos varias generaciones y al que le debemos, en la mayoría de los casos, el terror de aterrizar en el cuarto piso. El pánico se acentúa especialmente si fuimos criadas con paradigmas como: “una mujer jamás debe revelar su edad” o lo que es peor: “nunca se te ocurra preguntarle cuántos años tiene porque es de mala educación”. Por lo tanto, si en algún momento algún osado se hubiese atrevido a lanzar semejante exabrupto, seguramente la respuesta hubiese venido cargada de un amplificado grito en público o quizás hubieses muerto acribillado por la mirada asesina de la incómoda mujer que se sintió irrespetada con una pregunta tan irreverente como ésta.

Así crecimos y eso fue lo que recibimos: miedos, miedos y más miedos. Miedo a crecer, miedo a la edad, miedo a descubrirnos, miedo a decir no, miedo a no ser unas amas de casas perfectas, miedo a no ser unas profesionales exitosas, etc. La buena noticia es que al llegar a los 40 finalmente te desprendes de todos estos miedos y empiezas a ser tú misma.

Tener este libro en tus manos es un gran indicativo de lo que seguramente tanto a ti como a mí nos ha llenado de curiosidad por años: ¿Qué hay de malo con llegar a los 40?

¡La verdad nada! Todo lo contrario, es una década sencillamente maravillosa!

Ahora que navego felizmente por mis 47 estoy más que convencida que ésta, sin duda, ha sido la mejor década de mi vida. Seguramente cuando llegue a los 50 voy a pensar que pasé a una mejor etapa y, de igual forma, cuando llegue a los 60, 70 o los 80's – si es que tengo esa fortuna- voy a estar tan feliz de haber vivido plenamente cada una de mis décadas, que no voy a tener nada de qué lamentarme, salvo quizás, si por miedo o cobardía, hubiera decidido traicionarme a mí misma y dejar de ser lo que soy.

Si todavía estás escondida detrás del closet leyendo este libro, o preferiste ordenarlo por internet para evitar que la gente descubra que ya eres felizmente cuarentona. ¡Estoy segura que al terminarlo vas a querer compartirlo con todo el mundo! Serás participe del sentimiento liberador de quitarte de encima el peso que ocasiona vivir escondiendo la edad y tratando de aparentar que somos más jóvenes de lo que nuestro certificado de nacimiento indica.

Este libro no es un compendio psicológico, ni pretende serlo, es simplemente una reflexión que como mujer me he hecho por años: ¿por qué es de mala educación preguntar la

edad? Es algo tan cotidiano como preguntar cuántos hijos tienes, si estás casada o no, dónde vives, dónde estudiaste o de dónde eres, así de simple, pero, claro, fue tanto lo que nos metieron en la cabeza sobre este tema que realmente llegamos a pensar que revelar la edad era la más vil de las traiciones al género y -de paso- la más grande ofensa para nuestras mamás o abuelas, que no nos perdonarían una revelación de este calibre.

Muchas estarán de acuerdo conmigo, otras seguramente no. Es más, me atrevería a decir que con solo ver el título del libro o leer unos cuantos renglones de este prólogo un gran porcentaje de mis queridas cuarentonas decidieron abandonar su lectura, simplemente porque no les interesa ser rotuladas como tal. Así somos cuando llegamos a los 40: finalmente aprendemos hacer lo que queremos, a no tenerle miedo al qué dirán, a decir no, a reinventarnos, a retomar nuestras pasiones y abandonar las misiones que asumimos por compromiso y no por amor. No en vano, la mayoría de los divorcios ocurren cuando nos convertimos en cuarentonas, ya que al entender nuestra propia dimensión como mujeres nos detenemos en el camino y tomamos decisiones tan drásticas y difíciles como ésta con plena convicción y sin miedo a equivocarnos. Después de todo, a los 40 sabemos que el miedo no debe paralizarnos y que

cuando lo superamos las equivocaciones se convierten en lecciones de crecimiento que nos ayudarán a tener una visión más clara y confiable de nuestro propio destino.

¡Bienvenidas a bordo! Espero que disfruten leyendo este libro tanto como yo lo disfruté escribiéndolo. Los cuarenta me hacen feliz, como espero que a ti también te hagan y si ya estás a punto de cumplirlos y el pánico te tiene presa, ¡relájate! Una vez que el cuatro y el cero aparezcan en tu vida, comenzarás a entender que ahora es cuando comienzas a vivir plenamente.

-Lizzette Diaz

Capítulo uno: Una cuestión cultural

He llegado a la conclusión que aquellas que estamos pasando precisamente por los cuarenta venimos arrastrando un complejo netamente cultural con el tema de revelar nuestra edad.

Recuerdo que cuando yo era niña y pensaba en lo que quería ser cuando grande, me imaginaba casada a los veinte años y por, lo menos, con unos tres hijos -válgame Dios, ¡Menos mal que me di cuenta a tiempo que a los veinte la vida apenas comienza como para echarse encima semejante responsabilidad, pues lo que falta es tiempo! -. Hace un poco más de tres décadas, éste era el pensamiento más común entre las niñas de diez años, eso y por supuesto querer ser maestra, doctora o enfermera, que dicho sea de paso eran las carreras más comunes que ejercían las mujeres de entonces.

Quiero detenerme en este punto para aclarar que no pretendo criticar a quienes, a los veinte, o antes, hayan decidido casarse y tener sus hijos, ni más faltaba, sólo hago referencia a este punto porque para las latinas llegar a los veinte sin tener un novio oficial, se convertía en todo un estigma social que normalmente iba ligado con el cuento de que si no te casabas antes de los veinticinco era porque el “tren ya te estaba dejando”. Si ese tren pasaba y las mujeres no lo abordaban eran víctimas de las burlas de todo el mundo, porque a sus veintitantos no se habían casado. Desde entonces les decían las quedadas y porque supuestamente terminarían sus días sin una pareja, se quedaban para “vestir santos” se decía. Obviamente en un pueblo como el mío, el tema de las solteras se volvía de dominio público, pues era muy fácil reconocer a las jóvenes casaderas que a los veinte no tenían novio, por lo menos oficialmente, y a quienes pronto las acusaban de “viejas” para conseguir marido.

La situación podría tornarse tan desesperante que muchas preferían cargar con el primero que se apareciera para ofrecerles matrimonio, aunque al final terminaban mal casadas o en medio de una relación donde lo que menos fluía era el amor y el respeto. Casos como éstos conocemos por doquier e increíblemente es una situación muy generalizada en todos nuestros países Latinoamericanos, a tal punto que hoy en día, en pleno siglo XXI y con toda la tecnología en su apogeo, el tema del matrimonio antes de los treinta sigue torturando a las jóvenes veinteañeras como una olla de presión llena de lentejas a punto de explotarse.

Pero qué vamos a hacer. Así crecimos, con el apremio de los años como parte de nuestra tradición, con la presión del tiempo para salir corriendo a encontrar marido y no quedarnos a “vestir santos”, como si el asunto se resumiera simplemente en encontrar un fulano que, aún a costa de la felicidad de la pareja misma, le pusiera freno a las murmuraciones y críticas que podría generar una solterona en casa. Aquí lo que importaba era casarse antes de que el tren comenzara a pitar, por eso había que tomar cartas en el asunto y en la tarea intervenía todo el mundo: papás, abuelos, tíos y hasta los metiches vecinos, quienes creaban todo tipo de estrategias para que la niña se casara prontamente, por las buenas o con la ayudita de San Antonio, a quien ponían de cabeza para que el santo hiciera el milagro de la anhelada unión, aunque fuera con un bueno para nada; lo importante era que hiciera el “milagrito” de cargar con la muchachita.